

cuya campaña fué teatro de los saqueos y atrocidades de estas hordas hasta el verano del año 680 en que quedaron completamente derrotadas despues de tres dias de asalto que dieron á la plaza. Restablecióse la paz tambien en esta parte; y Constantino V, fiel al principio de conservar para el imperio las provincias situadas al Mediodía de los Balcanes, consiguió con su política, aislar este elemento bárbaro en el seno de su imperio, ya que no le fué posible grecizar á los eslavos de la Macedonia. Lo mismo hizo despues con los avaros, los servios y los croatas, reconociéndolos como poseedores legítimos de los territorios que respectivamente ocupaban, en cambio del reconocimiento de la soberanía imperial que ellos hicieron con todas las formalidades de costumbre. Esta soberanía, sin embargo, no privó á los diferentes jefes de los bárbaros de su casi completa independencia.

La admision formal de estos pueblos en el imperio implicaba tambien su ingreso en la Iglesia cristiana. Es muy probable que el restablecimiento del arzobispado de Salona tuviera efecto á consecuencia de estos sucesos en el mismo siglo VII. La metrópoli se estableció en Spalato en Dalmacia, de la cual eran sufragáneos los otros obispos de la provincia dálmata. El antiguo templo de Júpiter en la nueva metrópoli fué consagrado á la Virgen, y enriquecido con las reliquias de los santos mártires Anastasio y Domno que hasta entonces se habian conservado en Salona.

Estos arreglos no civilizaron á los bárbaros de repente, ni disminuyeron por lo pronto sus depredaciones. Así fué que los búlgaros continuaron pasando los Balcanes y extendiéndose hasta muy adentro de la Macedonia, mientras se iban acostumbrando á la vida sedentaria en la Mesia. Allí consolidaron su nuevo reino, sometiéndolo completamente á los habitantes eslavos que á su vez como mas numerosos se asimilaron á los búlgaros imponiendo sobre todo su idioma á los vencedores. Estos se apoderaron tambien de vastos territorios al Norte del Danubio hasta los confines de los ocupados por los avaros. La gran masa de los búlgaros renunció forzosamente paso á paso á su vida nómada, y cobró afecto al país que ocupaba, y que hasta el siglo X fué el que hoy se llama la Dobruza, nombre que recibió en el siglo XIV del régulo búlgaro Dobrotich. En un punto magnífico y pintoresco de la cuenca del rio Camchiya el Mayor, que nace en los Balcanes, llamado Gran-Prezslav, antiguamente Marcianópolis y hoy Esqui-Stambul, tenian su residencia los reyes búlgaros, cuyas costumbres eran en aquella época todavía enteramente asiáticas. Ternova, Varna y Derster, hoy Silistria, eran otros tantos centros del reino ó territorio búlgaro. El rey ó Khan, tenia á su lado á manera de consejo de Estado seis jefes de otras tantas familias principales. La poligamia estaba permitida y los Khanes tenian como los sultanes un harem. Comian solos mientras los cortesanos aguardaban sus órdenes sentados en el suelo ó en sillas á respetuosa distancia de su amo. Las ocupaciones principales de este pueblo eran la guerra y el saqueo; el traje consistia generalmente en pantalones que tambien llevaban los avaros, y en turbantes á manera de otros pueblos orientales. Antes de emprender una batalla se consultaban los augurios, se evitaban los dias reputados por nefastos, y se practicaban ciertas ceremonias por los mágicos de la tribu. Colas de caballo eran las banderas, y conforme al estado salvaje de este pueblo, era su justicia bárbara y sangrienta. El tormento y las ejecuciones en masa eran cosas usuales; la mala conservacion de las armas y caballos, el abandono del campo de batalla y la desobediencia se castigaban con la muerte; los cráneos de los vencidos servian de copa en los festines; en los pactos que se celebraban juraban las partes sobre una espada y luego como víctima se partia un perro en dos mitades. Los cadáveres de los indivi-

duos principales se quemaban juntos con los servidores y comitiva del difunto, ó se encerraban en sepulcros con sus mujeres y criados, erigiendo luego sobre ellos un túmulo. En el siglo X era todavía tan raro el uso del dinero entre los búlgaros, que las compras y ventas se hacian á cambio de bueyes y carneros.

Estos eran los vecinos septentrionales de los bizantinos. Al conquistar la Mesia hicieron esclavos á los eslavos sedentarios, vendiendo á los hijos de estos, cuando les convenia, en Constantinopla, hasta que los vencidos poco á poco absorbieron á los vencedores, y estos admitieron á aquellos á todos los empleos, con lo cual ganaron unos y otros y se dulcificaron al mismo tiempo las costumbres.

Si semejantes vecinos y habitantes eran ya una terrible calamidad para el imperio, no lo fué menos Justiniano II, jóven de 16 años, que por la muerte de su padre Constantino V, acaecida en 14 de setiembre de 685, subió al trono de Constantinopla. Justiniano II fué el último emperador descendiente de Heraclio, y se dió á conocer muy pronto como tirano cruel, altivo, derrochador y versátil aunque activo. Empezó la serie de sus innumerables errores políticos tomando disposiciones necias en los asuntos de Oriente, donde ocupaba el trono de los califas el cuarto sucesor de Moaviyah, Abd-el-melic que reinó desde el año 685 hasta 705. A pesar de ser este califa en extremo tenaz y enérgico, se vió tan ocupado al principio de su reinado con la espantosa anarquía interior de sus Estados, que para no verse molestado por la corte de Constantinopla, compró la paz por un tributo anual muy crecido. Este tratado, hecho con el emperador Constantino V en el último año de su reinado, no gustó á su hijo y sucesor Justiniano, el cual envió contra los musulmanes al general Leoncio con fuerzas imponentes. Leoncio llegó á Armenia y desde allí empezó su campaña asolando las provincias enemigas, maltratando y saqueando á sus habitantes sin hacer casi ninguna diferencia entre mahometanos y cristianos, hasta que el califa, para obtener la paz que tanto necesitaba, hizo en 686 un nuevo tratado con el emperador, en el cual se estipularon, además del tributo anual, un arreglo de fronteras favorable al imperio bizantino y una division equitativa de las posesiones en la Iberia asiática, en Armenia y en la isla de Chipre.

En lugar de aprovechar esta ventaja para la consolidacion del imperio y dedicar su atencion á asegurar sus fronteras, Justiniano, dejándose guiar de su fanatismo ortodoxo, debilitó su defensa en el Asia con el abandono de la causa de los habitantes cristianos del Líbano, los valientes y belicosos mardaitas, solo porque eran de la secta monotelista. Con gran satisfaccion de los mahometanos, enemigos del imperio, les desembarazó de estos vecinos terribles, haciendo ingresar á 12,000 de ellos en el ejército bizantino en 687, destinándolos en su mayor parte á la Armenia, y estableciendo con otra parte una colonia en Atalia en la Panfilia.

Del Asia dirigió luego su innegable actividad á los asuntos europeos, primero contra los eslavos establecidos en la Macedonia, y en especial contra las tribus de la cuenca del rio Estrimon hoy Struma, que con sus expediciones piráticas se habian hecho cada dia mas perjudiciales, porque robaban los buques cargados de cereales, destinados á la capital del imperio, no solamente en el mar Egeo, sino en el mismo mar de Mármara. Atacólos pues el emperador tan enérgicamente desde la Tracia en el año 688, que los dejó poco menos que exterminados y pudo trasladarlos en masa á otras provincias, poblando con ellos cantones de la Misia, Bitinia y Frigia, siguiendo en esto el sistema antiquísimo de los grandes conquistadores orientales, usado tambien por los emperadores romanos, los reyes francos y el mismo gobierno bizantino en muchas ocasiones. Solo una pequeña parte de la poblacion

eslava pudo quedar en la cuenca superior del Estrimon. Esta traslacion hecha á la fuerza, no dió sin embargo el resultado que el emperador habia calculado, como tampoco lo dió la otra traslacion despótica de muchas familias griegas de Chipre á las riberas del mar de Mármara, efectuada en los años 689 y 690. Ambas medidas resultaron con el tiempo muy perjudiciales, como luego veremos.

Tambien suprimió el emperador la subvencion ó tributo anual que por convenio del año 679 pagaba el gobierno bizantino á los búlgaros, los cuales se resarcieron de esta pérdida como pudieron, sin que el emperador lograra escarmentarlos.

Altanero, soberbio é irreflexivo como era, suscitó nuevas divergencias con los árabes para faltar otra vez á la paz estipulada.

Dieron el pretexto las nuevas monedas de oro acuñadas



Moneda de oro del califa Abd-el-melic

por Abd-el-melic, con las cuales pagó este el tributo convenido al gobierno de Constantinopla, y que fueron consideradas por éste y por el clero como un insulto, porque presentaban en el anverso al califa con lengua barba, una espada larga en una mano, y una cosa como un lazo en la otra, con la inscripcion árabe: *Leabd Alah Abdmelik emir al-mumenim*, que quiere decir: «Del siervo de Dios, Abdmelik, jefe de los creyentes;» y en el reverso la cruz de las monedas bizantinas algo contrahecha para no agraviar á los mahometanos y que se pareciesen sin embargo á las monedas del imperio, á fin de que tuviesen tambien curso en él conforme se habia hecho con igual objeto con otras monedas árabes. A un lado de esta especie de cruz habia la palabra *vaf* (de ley) y al otro la de Haleb (Alepo), con la inscripcion circular que decia: *La ilah il-Alah vahdan, Mohamed rasul Alah*, que traducido significa: «No hay mas Dios que Dios; Mahoma es el profeta de Dios.»

A este pretendido ultraje contestó el emperador enviando 30,000 robustos soldados sacados de las colonias eslavas al ejército del Asia Menor, y marchando en persona con ellos y el resto de las tropas al encuentro de los árabes que le esperaban cerca del Sebastopol de Cilicia. Los árabes se manejaron tan bien, que el jefe eslavo llamado Gebul ó Nebul se pasó á sus filas con 20,000 de los suyos. La consecuencia fué una tremenda derrota de los bizantinos, la pérdida de la Armenia meridional y una guerra por disputas de fronteras que desde entonces se hizo crónica con inmenso perjuicio del país. Los árabes dieron tierras á los tráfugas eslavos en la isla de Chipre para colonizar esta isla y librar á aquellos del odio del emperador; pero este último desahogó su ira feroz en los eslavos que habian quedado al servicio del imperio y en las familias de los desertores, á todos los cuales hizo pasar á cuchillo sin misericordia.

La mala suerte que persiguió á esta fiera humana en sus empresas guerreras, la hecatombe bestial de los eslavos y otros actos de ferocidad, el derroche de inmensas sumas en la construccion de suntuosos edificios, con la consiguiente carga de impuestos, y finalmente la destruccion de una iglesia hiriendo los sentimientos religiosos del pueblo, produjeron y fomentaron en todas las clases de la capital un odio cada vez mayor y mas profundo, que estalló abiertamente en 695. La

revolucion, dirigida por Leoncio, se enseñoreó sin gran trabajo de la capital y del palacio; las masas sobrecitadas mataron con crueldad refinada á los favoritos y funcionarios mas odiados; pero se salvó el emperador, á quien Leoncio, proclamado en su lugar, se contentó con desterrar á Querson en Crimea, no sin cortar primero las narices segun costumbre bizantina; por cuya razon le dieron los griegos despues, cuando volvió á la escena política, el apodo de *Rinotmetos*, que significa «desnarigado.»

Leoncio no tuvo la suerte de sostenerse mucho tiempo en el trono. El viento que le derribó vino del Africa, donde el poder bizantino habia ido rápidamente decayendo hasta quedar reducido á la nada con la pérdida de Cartago. Esta pérdida dió ocasion á las tropas disgustadas para proclamar durante el viaje de regreso un nuevo emperador.

Hacia ya bastantes años que las fuerzas árabes situadas ya entre la costa de Trípoli, el Atlas y el Atlántico, habian sostenido con suerte varia en tan dilatado territorio infinitas batallas con los habitantes y tropas imperiales y los pueblos berberiscos. Habian perdido dos veces el campo fortificado de Cairvan y habian llegado por otra parte victoriosos hasta las playas que dan frente á las islas Canarias, pero sin obtener un éxito definitivo, hasta que cambió este estado de cosas con la llegada de Hasan-Ibn-Numan, el nuevo gobernador de Africa enviado por Abd-el-melic. Hasan reconquistó inmediatamente la plaza de Cairvan; y despues de una brillante victoria sobre los berberiscos, procedió al ataque de las ciudades romanas de la costa, apoderándose en 697 por un brillante golpe de mano de la famosísima Cartago, la capital y centro del mundo romano en Africa, considerada hasta entonces como inexpugnable y al abrigo hasta de todo ataque. Pero mientras el valiente Hasan iba camino de Damasco para participar por sí mismo tan fausto suceso al gran califa, entró en el puerto de Cartago una escuadra bizantina con tropas de Anatolia y Sicilia mandadas por el patricio Juan, enviado por el emperador Leoncio. Este general volvió á arrancar de manos de los mahometanos la capital, aunque en gran parte destruida, así como el mayor número de las otras ciudades marítimas que se habian perdido; pero le faltaron fuerzas para conservarlas. Mientras los árabes recibian considerables refuerzos de Numidia por tierra y por mar, el general Juan pidió en vano refuerzos á Constantinopla, y el resultado fué que el sucesor de Hasan, Muza-Ibn-Nuseir, derrotó completamente al ejército bizantino cerca de Utica. A su vez la escuadra del imperio perdió otra batalla; y no hubo mas remedio que abandonar otra vez á Cartago al enemigo, el cual se apresuró á arrasarlo la antigua y célebre creacion de los fenicios, porque no se sintió todavía bastante fuerte para conservar una plaza tan grande y tan expuesta á volver á caer en manos de los bizantinos á causa de su fácil acceso por mar. Así imitó el jefe mahometano Muza, aunque con mas razon, el proceder inicuo de los superiores y contemporáneos de Escipion Emiliano; pero no tardó en construir á poca distancia una ciudad nueva, Túnez, donde estableció un arsenal y una maestranza para la construccion de buques.

Habia desaparecido hacia mucho tiempo la bárbara y peligrosa raza vándala, cuando fué sustituido este peligro por otro mayor bajo formas arábicas. Con inmenso dolor vió entonces el mundo civilizado cómo los árabes, acudidos por Muza y sus hijos, no solo emprendian expediciones piráticas á las islas de Sicilia y de Cerdeña, sino que asolaban el Africa septentrional destruyendo hasta los antiquísimos cimientos de la civilizacion que florecia en aquella region magnífica y privilegiada. No pasó mucho tiempo sin que los amantes de la cultura antigua recibieran la noticia terrorífica de la entrada de los ejércitos musulmanes en España. El Occidente no tar-

dó en conocer los nuevos pueblos bárbaros que salieron de la mezcla de los árabes y berberiscos.

La primera consecuencia de la pérdida de Cartago, no menos terrible para el imperio bizantino que la de Alejandría, fué el destronamiento del emperador Leoncio. Las tropas que disgustadas regresaron de las plazas africanas, culparon á sus jefes de los reveses que habían sufrido, como en todo tiempo y en todas las naciones guerreras ha sucedido, suponiéndolos traidores y vendidos á los enemigos, y se desataron en injurias contra la indolencia é ineptitud del emperador. En esta disposición de ánimo durante un descanso que hicieron en la isla de Creta se sublevaron, mataron á su general en jefe, y proclamaron emperador con el nombre de Tiberio III á Absimaro, jefe de las tropas del Sudoeste del Asia Menor. Al presentarse el ejército sublevado delante de la capital, donde también era grande el descontento, quedó súbitamente aislado el emperador Leoncio, el cual con la nariz cortada fué enviado á un convento de Dalmacia.

El nuevo emperador desplegó talento en el gobierno interior y tuvo acierto y fortuna contra los árabes en Asia. La guerra entre la cruz y el islamismo había entrado en una faz mucho más cruel y violenta que la anterior. El califa Abd-el-melic, desde el año 692 había impuesto á sus súbditos una capitación llamada *Caraeh* para allegar recursos con los cuales hacer la guerra á los bizantinos; medida desacertadísima que con razón excitó entre los cristianos gran disgusto, porque vieron en ella un signo de esclavitud, supuesto que los mahometanos quedaron libres del tributo que posteriormente en la monarquía turca tuvo en efecto este odiosísimo carácter de servidumbre. Por otro lado los bizantinos llevaron la guerra contra los árabes con más sanguinaria energía, y por lo pronto, á las órdenes de Heraclio, hermano del emperador, con buena fortuna. En efecto, en 703 alcanzaron en Cilicia y Armenia ventajas sobre sus enemigos, y pasaron victoriosos el Eufrates cerca de Samosata.

Por desgracia para el imperio, no tardó en ocurrir en Constantinopla una nueva revolución dinástica. El feroz Justiniano II, desterrado á Querson, jamás había renunciado á la esperanza de recobrar el trono, y á la caída de Leoncio consiguió evadirse y pasar á la corte del Khan de los cazares establecidos entre el Don y el Dnieper, donde no solamente fué bien recibido, sino que se casó con Teodora hermana del Khan, que tenía su residencia en Fanagoria. Allí vivió Justiniano hasta que concibió sospechas de las relaciones que tenía su cuñado con la corte de Constantinopla. Temiendo por su seguridad, huyó al país de los búlgaros, con cuyo rey Tervel, sucesor de Asparuc, hizo una alianza prometiéndole grandes ventajas si le ayudaba á restablecerle en el trono de Constantinopla. Tan bien dispusieron las cosas, que pudo presentarse en el campo delante de la capital con 15,000 jinetes búlgaros, sin que el emperador Tiberio tuviese el menor aviso. Al tercer día entró Justiniano en Constantinopla, y auxiliado por los partidarios de su dinastía, volvió á ocupar el trono de sus mayores. Aquel hombre feroz, solo se mostró agradecido con su esposa y con Tervel, á quien nombró César y cedió, además de muchos regalos, una comarca al Mediodía de los Balcanes que desde entonces lleva el nombre de Zagora. Sus demás actos, dictados por una sed de sangre y un instinto feroz de venganza que rayaban en la demencia, le pusieron al nivel de los más inicuos y peores emperadores romanos. Abrió la serie de sus infamias con un acto inaudito de salvajismo cuyo recuerdo se conservó en Constantinopla hasta la última hora del imperio bizantino. Celebrando su restauración entre otras fiestas con brillantes corridas en el hipódromo, asistió sentado en un elevado trono teniendo á sus pies como primeras víctimas á los infeli-

ces emperadores destronados Leoncio y Tiberio, mientras el pueblo envilecido le saludaba con las palabras del santo salmista: «¡Marcharás sobre leones y víboras, y pondrás tus plantas sobre leones jóvenes y dragones!» Después de la función, los dos infelices fueron ahorcados y con ellos el valiente general Heraclio, hermano de Leoncio.

Mientras el tirano sanguinario solo pensaba en su venganza personal, los árabes tomaron en el año 707, después de un largo sitio, las dos importantísimas plazas del Asia Menor, Mopsueste, y Tiana en Capadocia. También cayó en sus manos Samosata; y mientras el emperador solo pensaba en la manera de vengarse de las ciudades de Querson y Rávena porque en la primera había estado desterrado y en la última residía un enemigo temible del imperio, otros enemigos más temibles todavía, los califas omniadas de Damasco, meditaban una nueva expedición contra Constantinopla. Había muerto Abd-el-melic, pero le había sucedido su hijo Valid, no menos guerrero, arrojado y conquistador que su padre. En el año 708 volvieron á mostrarse avanzadas árabes cerca de Crisópolis á orillas del Bósforo, y en 709 el altivo Maslama, hermano del califa, atravesó con 80,000 hombres el estrecho de los Dardanelos junto á Lampsaco, y penetró en la Tracia.

No obstante que Maslama no llevaba más objeto que hacer un reconocimiento, costó trabajo á los bizantinos hacerle retirar. Los árabes tenían cada día mayores probabilidades de éxito final con las continuas revoluciones y cambios de emperadores que ocurrían en la capital, á semejanza de las que conmovieron en el siglo III el imperio romano; pero tan sólidamente estaba cimentado y organizado el imperio bizantino, que no solamente resistió los furiosos y tenaces embates de los califas y de sus árabes, sino que todavía encontró recursos y más adelante un monarca verdaderamente grande que logró regenerar la tan mal gobernada y vetusta creación política.

Justiniano II se perdió al fin cegado por su odio y sed de venganza. Habiendo dado el orden feroz de pasar á cuchillo á los habitantes de la floreciente Querson y arrasar la ciudad, las tropas se negaron á obedecer y proclamaron emperador á Bardanes Filípico, distinguido armenio, el cual con la escudra á sus órdenes regresó á principios de diciembre de 711 á Constantinopla, donde ni encontró resistencia, porque Justiniano se hallaba á la sazón en el Asia Menor con una división de tropas ligeras. Estas, al saber la elección de Filípico, abandonaron y mataron al tigre sanguinario.

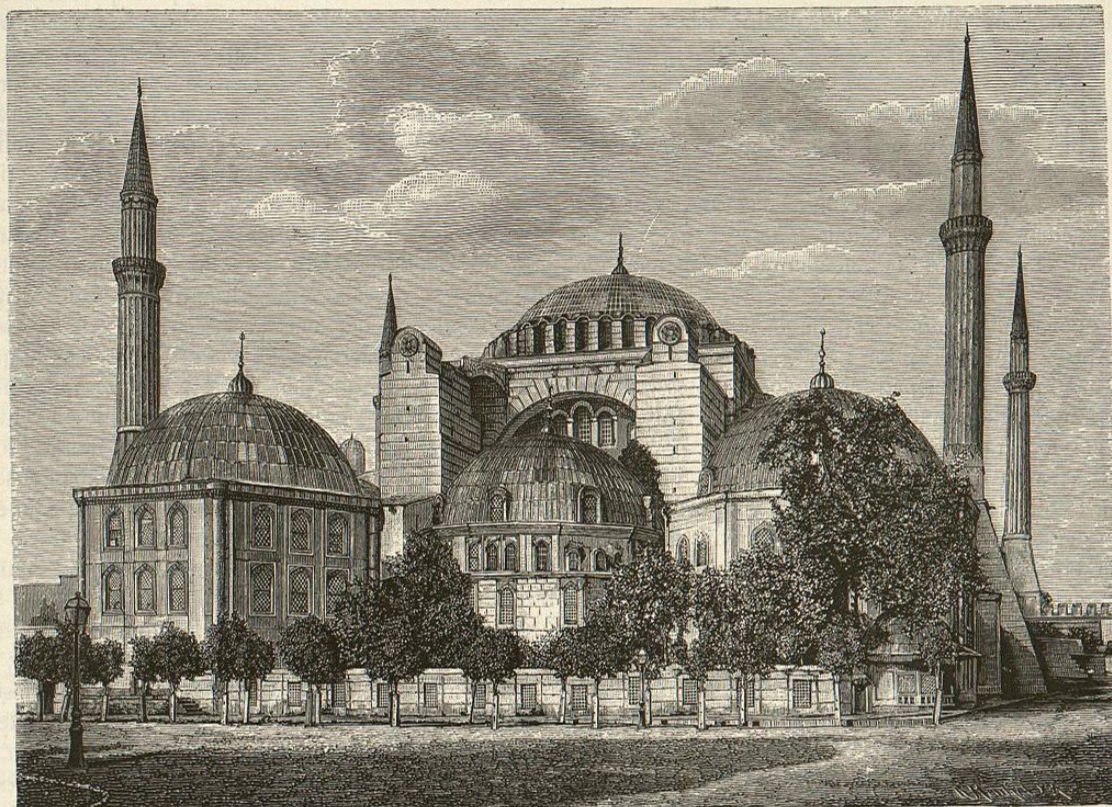
Por desgracia no era el nuevo emperador el hombre que necesitaba el imperio en aquellas circunstancias. Entregado á los goces sensuales hasta el exceso, no supo rechazar ni á los búlgaros que con el pretexto de vengar á su aliado y protegido asolaron el país hasta cerca de la misma capital, ni á los árabes en el Asia Menor, por cuya parte oriental avanzaban diariamente. Además renovó inútilmente la polémica monoteísta, cuyo dogma quiso hacer reconocer en un sínodo que reunió en el año 712 en Constantinopla; con lo cual no hizo más que excitar de nuevo los odios religiosos de los fanáticos bizantinos. Por último, un individuo del partido contrario, apoyado por el partido verde del Circo, un soldado brutal y arrojado, aprovechando su estado de embriaguez se apoderó de su persona, le llevó fuera del palacio y le sacó los ojos. Entonces por el voto del Senado fué proclamado emperador el primer ministro Artemio, con el nombre de Anastasio II. Esta vez habíase encontrado un gobernante capaz y de grandes cualidades, que á haber tenido un reinado largo, habría elevado el imperio á gran altura.

Desde luego abandonó los caprichos dogmáticos de su predecesor, y se aplicó enérgicamente y con buen éxito á detener la obra de desorganización que debilitaba y paraliza-

ba las fuerzas vivas del imperio; pero no tuvo ni tiempo ni poder suficientes para encauzar, ni menos hacer retroceder la invasión de los partidarios del islamismo, cuya enorme fuerza expansiva desafiaba todavía todas las tentativas para comprimirla. El valor impetuoso de los mahometanos en el mes de julio del año 711 aniquiló en una sola embestida, en la terrible batalla del Guadalete cerca de Jerez de la Frontera, el poder de los visigodos españoles. Los árabes inundaron la península, rechazando los restos de las fuerzas godas hasta las provincias escabrosas del Norte. Entonces trataron los generales del califa de pasar los Pirineos y atacar desde el Oeste al antiguo imperio, mientras por el lado oriental, Suleiman, que en 23 de febrero de 715 había sucedido en el trono de los califas á su hermano Valid, hacía preparativos gigantescos para caer simultáneamente por mar y tierra sobre

la capital del imperio bizantino y aniquilarlo de una vez.

El emperador Anastasio, en tal situación, no se limitó á preparar del modo más completo todo lo necesario para defender eficazmente su capital, sino que se propuso destruir con un atrevido golpe de mano los materiales de guerra de los árabes y la madera que para la construcción de buques habían reunido en la costa fenicia. Pero esta empresa no tuvo efecto por una nueva sublevación militar que la descompuso. Las tropas de la expedición, descontentas del logoteta ó intendente de Hacienda Juan que la mandaba, le asesinaron en Rodas; en seguida se dirigieron otra vez á la capital, y en un alto que hicieron en Adramition á fines de agosto de 715, proclamaron emperador á Teodosio, recaudador general de contribuciones muy apreciado en aquella provincia, que aceptó el nuevo papel tan solo por el



Vista exterior de la basílica de Santa Sofía en Constantinopla

miedo de excitar contra sí el furor de sus electores. Con esto quedó inaugurada una nueva guerra interior en el imperio. Mientras las masas árabes mandadas por Maslama se derramaban por toda el Asia Menor, y una parte cercaba y asaltaba la fuerte plaza Amorion, cuyas ruinas llevan hoy el nombre de Hergan-Calé, y era uno de los baluartes principales del imperio en el Nordeste de la Frigia, las tropas bizantinas pronunciadas sitiaron la capital desde la ciudad de Crisópolis hasta que el emperador Anastasio II quedó derrotado en una batalla campal cerca de Nicea. Entonces abrió Constantinopla sus puertas á los sublevados; Anastasio abdicó á principios de marzo de 716 y se retiró á un convento de Salónica.

Su sucesor Teodosio III solo reinó un año, para dejar el trono á otro más capaz que él, llamado Leon, que ocupaba un mando superior en el ejército, y sobrepujaba á todos sus contemporáneos y colegas en pericia militar, energía de carácter, conocimiento profundo y golpe de vista penetrante para las necesidades de la época y del imperio. Había naci-

do por el año 675 en Germanicea, donde confinan la Capadocia, la Siria y la Armenia. Llamábasele comunmente el Isaurio, quizás porque sus padres eran naturales de este país. Cuando su ciudad patria pasó al dominio de los árabes emigró con sus padres á Mesembria en Tracia, y entró en el ejército imperial cuando Justiniano II regresó del destierro. Habiéndose distinguido brillantemente como oficial, Anastasio II le había confiado un mando superior en Asia, donde las atenciones del servicio en frente de los árabes le obligaron á permanecer sin acudir al auxilio de su protector imperial contra Teodosio III. Pero el peligro terrible en que se hallaba el imperio, el deseo de salvarlo y la conciencia de su fuerza propia le indujeron á presentarse competidor del sucesor de Anastasio. Después de socorrer la plaza de Amorion y de hacer levantar al enemigo el sitio en la primavera del año 716, le aclamaron la población y su ejército por emperador. Para poder marchar á Constantinopla á fines del verano del mismo año, tuvo la habilidad de conseguir un armisticio del jefe árabe Maslama, por